



PREGÓN DE LA SEMANA SANTA EN LA UNIÓN

*Pronunciado por Asensio Sáez
en la Parroquia del Rosario el día 23 de Marzo de 1996*

En primer lugar tendría que decir que he venido dudando entre aceptar o rechazar el inmerecido honor de ser este año el pregonero de nuestras procesiones, que es lo que se dice siempre para quedar bien, pero faltaría a la verdad, porque yo, escritor y no orador, que por razones sentimentales sólo he aceptado a lo largo de mi existencia ser pregonero exclusivamente en dos ocasiones, en una, por motivos obvios, como portavoz de nuestro Festival Nacional del Cante de las Minas, y en otra, a requerimiento del Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías, de Murcia, uno, decía, en este caso no ha dudado un solo instante, sin embargo, en decir sí a la para mí golosa propuesta de ejercer este hermoso oficio de pregonero de nuestras procesiones unionenses y poder proclamar a los cuatro vientos aquella ineludible vocación semanastera de La Unión, más cuando ha habido un largo paréntesis de años en blanco, en los cuáles todos creíamos que nuestras procesiones se habían perdido para siempre, hasta el extremo de que, cuando un día se me encargó el texto de la historia de esta parroquia con destino al libro "El templo del Rosario", hube de escribir con todo el dolor de mi corazón aquella página 67 -¡no se me olvida!- en la que textualmente puede leerse: "Erosionadas por los que hacen de la Semana Santa una minivacación de playa y discoteca, y heridas de muerte por la apatía que tantas veces ha llevado al unionense al entreguismo y la dejación, las procesiones han ido languideciendo paulatinamente hasta desaparecer... Lo más probable -agregaba todavía- es que, contando con las actuales circunstancias, tales como la mermada economía unionense y las nuevas directrices de la Iglesia (tengamos en cuenta que por entonces andábamos en luna de miel con el Concilio Vaticano II, a veces no del todo bien interpretado), lo más probable, decíamos, es que nuestras procesiones de Semana Santa no vuelvan a salir nunca a la calle".

Ciertamente es que nadie creía por entonces en la resurrección de nuestra Semana Santa, de tal modo que, cuando pasados los años, exactamente en 1992, la Asociación Cultural Ciudad de La Unión, bajo la batuta milagrosa de Eugenio Faraco y de nuestro párroco don José Manzano que, entendiendo inteligentemente la eficacia de lo que ahora se ha dado en llamar religiosidad popular, decidió echar a la calle la procesión de Jueves santo, la sorpresa fue del todo mayúscula al encontrarse que la mayoría de tronos y efectos procesionales habían pasado a mejor vida, del todo fiados en la desaparición definitiva de nuestras procesiones de Semana Santa.

Puede decirse de esta manera que la presente etapa procesional fue empezada, de algún modo, desde cero. Que los resultados resultaron



óptimos a la vista está, siendo cosa curiosa que cuando La Unión sufre una de las más dolorosas crisis de su historia, toda la ciudad -unos más, otros menos- se haya sumado generosamente al esfuerzo de los procesionistas, venciendo así sobre aquellas apatías y desganas a las que, reconozcámoslo, tan dados somos los unionenses. Pocos temas, en verdad, nos habrán unido como éste de las procesiones. Y ahí está, decía, los resultados obtenidos, entre ellos -y no es poco- el hecho de haber logrado recientemente que nuestra Semana Santa haya sido oficialmente declarada de interés Turístico Regional, como se señala en el magnífico programa a todo color editado por la Dirección General de Turismo. Volvemos a recobrar de este modo nuestra vieja tradición procesional, tan antigua -¡hay que insistir!- como la propia ciudad, que cuando todavía no era La Unión sino Hererías, ya se vanagloriaba de la fama de sus procesiones, dato que no debemos olvidar frente a los que, equívocamente, creen en la bisoñez de nuestra Semana Santa, a los cuáles habrá que hacerles conocer que cuando Isabel II visitó la sierra ya funcionaba la cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, la cual llegó a ofrecer a la Reina en su visita el cargo de Hermana Mayor Honoraria. Precisamente, en correspondencia a tal honor, Isabel II, otorgó a la cofradía los títulos de Real e Ilustre.

EN BUSCA DE LA PROPIA IDENTIDAD

Todo esto y más lo saben, comienzan a saberlo al menos, nuestros procesionistas, y de ahí su legítimo orgullo, también -todo hay que decirlo- su riesgo de caer, por razonables deseos de mejorar, en fáciles mimetismos. Rechácese, por lo tanto, la tentación de las burdas imitaciones, tan peligrosas.

Afortunadamente, La Unión, su historia, su geografía, sus luces y sus sombras, cuentan con una personalidad tan recia, tan singular, que no tiene necesidad de beber en fuentes ajenas para encontrar la auténtica vitola, el verdadero marchamo de sus procesiones, independientemente, claro está, de que por razo-

nes económicas jamás se habría de llegar al nivel estético de aquellas otras Semanas Santas ciertamente espléndidas, enriquecidas por muchos siglos no sólo de fervores sino también de generosos presupuestos.

Cuidemos, mimemos, pues, lo nuestro, nuestra identidad personal que, evidentemente, la tenemos, como de hecho ya se viene haciendo en el alumbrado de nuestros penitentes (este año, por ejemplo, son dos agrupaciones más las que se pasan a las lámparas mineras, tan emblemáticas). Dése cabida, a su vez, en los cortejos a la presencia del instrumental típico de los trabajos mineros; a las saetas, por supuesto, secuela de las viejas inmigraciones andaluzas del XIX, las que trajeron a La Unión el cante y que este año dan pie al V Certamen Nacional de Saetas promovido por la Peña Flamenca de la Unión; todo el conjunto, en fin, de elementos autóctonos a los que se va uniendo de unos años a esta parte la imaginería pasionaria con la que un artista unionense tan excepcional como es Paco Conesa viene sustituyendo generosamente -importa el dato en un tiempo en que por decir "buenos días" se pasa factura- viene sustituyendo, digo, por una parte a aquellas imágenes en serie, de escayola barata, devocionalmente respetables, pero artísticamente nulas, y pro otra a aquellas antiguas esculturas pasionarias con las que La Unión contó un día, desaparecidas lamentablemente durante la Guerra Civil. Puede así ofrecerse hoy en nuestras procesiones el impresionante Cristo Yacente, tan elogiado por la crítica, la Dolorosa, la Soledad, la Magdalena y una Virgen de la Caridad del más puro estilo barroco, a estrenar esta Semana Santa. Toda una riqueza escultórica que viene a ocupar muy dignamente el lugar de las imágenes de Roque López, Sánchez Araciel, Sánchez Tapia, etc.

Y a tenor de la desaparición de aquella imaginería, orgullo de La Unión, viene a cuento la anécdota que sigue: resulta que por los años treinta había un avispado sacristán en esta parroquia, por nombre Salvador Pérez Ramos, muy popular por sus magníficas actuaciones en las funciones teatrales de aficionados, el cual, llegada la Guerra Civil y sospechando el más que probable saqueo del templo, fue trasladando sigilosamente, apoyándose en las sombras de la noche, la mayor parte de las imágenes de la Semana Santa a un pequeño habitáculo situado en la cercana calle del Alto, operación del todo feliz, pero temeroso luego el bueno de Salvador de un posible y desgraciado evento, no pasaba día sin dar una amorosa vuelta al oculto tesoro, lo que le perdió, pues en una de sus idas y venidas fue descubierto por un exaltado de aquellas malhadadas jornadas, por lo que lamentablemente todas las imágenes escondidas -la mayoría auténticas obras de arte- sirvieron de pasto a una siniestra hoguera. Ni que decir tiene que el bueno del sacristán no se per-

donó nunca su inoportuno celo. Anciano y enfermo de nostálgicas ausencias hoy, desde Barcelona donde el destino lo llevó, manda a La Unión todas las navidades una tarjeta de felicitación en la que campea siempre una terca, cordial consigna final: "Recuerdos a los supervivientes de mi época y una "granizá" de besos a la Virgen del Rosario, nuestra Patrona".

EL JUEVES SANTO, CLAVE DE NUESTRA SEMANA SANTA

Íbamos diciendo. Rescatada recientemente nuestra Semana Santa, vale la pena, pues claro que vale la pena salir al encuentro, noche de Jueves Santo, de ese río áureo del cortejo procesional que serpentea por nuestras calles, bajo una lluvia de saetas:

*Carbueros de dos en dos,
de cuatro en cuatro luceros,
van alumbrando en La Unión
al Cristo de los Mineros
que pasa en la procesión.*

Procesión de Jueves Santo. Precisamente ésta debe ser "nuestra procesión", entre comillas, la que de verdad no sólo puede convocar a La Unión alrededor de su Cristo, sino a muchos futuros espectadores, digamos turistas aunque no me gusta la palabra; ya que justamente en la noche de Jueves Santo las ciudades cercanas a nosotros se contentan con procesiones que, resultando devotas unas, ciertamente hermosas otras, no alcanzan sin embargo, de ningún modo, el esplendor de las procesiones de Viernes Santo.

Competir nosotros con la mañana o la noche de Viernes Santo, cuando toda la región vuelca en sus calles una auténtica tempestad de belleza con sus fabulosos cortejos procesionales, confesémoslo sinceramente, sería por nuestra parte del todo necio.



Recuerdo que, hace ya mucho tiempo, una alta personalidad del entonces llamado Ministerio de Información y Turismo nos propuso a los unionenses: "Si queréis, os convierto vuestro Jueves Santo en una de las grandes noches de la Semana Santa Murciana. Más prometía: hacer de la procesión del Cristo de los Mineros, por supuesto que con todos los respetos que el sentido religioso del hecho demandaba, un segundo Festival Nacional del Cante de las Minas. No quisimos. O no pudimos. Queramos ahora, aunque no podamos.

LA PROCESIÓN EN LA CALLE

La voz del trovo lo proclamaba, cuando la Unión era la Unión y la mina era la mina:

*Jueves Santo por la noche
sale el Cristo en procesión,
en dos filas le acompañan
los mineros de La Unión.*

El trovero Angel Roca, ilustre historiador del trovo, repentizó al paso de la procesión de Jueves Santo:

*El silencio y la emoción
en vuestras calles impera:
ofrendando el corazón
a la gran ciudad minera,
sale Cristo en procesión
.....
Van bajando en aluvión
desde la cúspide al llano
a ofrecerle una oración,
con el carburo en la mano
los mineros de La Unión.*

Y el hilo se me va. Decía que, por medio la mina abierta o la mina clausurada -¿hasta cuando, Señor?- resulta del todo emocionante salir al encuentro de la procesión del Cristo de los Mineros en esa hora joven de la noche del Jueves Santo. Abriendo marcha, el trono convocatoria. La gran sorpresa de este año. No puedo decir más ahora. Y caigo yo en la cuenta al ver abrirse las puertas del templo del Rosario para dejar paso a la Cruz de Guía, que ésa es precisamente la



hora de recoger los frutos de todo un año de preparaciones, de trabajos, de sueños; hora en que las sanas rivalidades toman cuerpo hasta hacer aflorar las muy comprensibles pompas y vanidades e incluso las más o menos legítimas arrogancias de creernos todos los mejores, como en aquella vieja anécdota de los dos cofrades que, momentos antes de salir la procesión, miran embelesados a su Virgen titular, en verdad esplendorosa en su trono ya encendido, y ya y le dice uno al otro:

-Oye, es lo que yo me digo: que si esta Virgen viene a salir tan hermosa ¿cómo será la que está en el cielo?

Y le contesta el otro:

-Pues tan guapa como la nuestra, ¡desde luego no!

Bien. Decíamos. La procesión en la calle.

-¡Que ya viene!- avisa más de uno, a la búsqueda de silla, portal o balconada. Rajando el aire, trompeta y tambor.

En primer lugar, la agrupación del Nazareno, cuyos cofrades este año van a ver realizado un sueño largamente acariciado: el estreno de sus espléndidas capas de terciopelo morado. También el de la túnica del titular. Bajo el peso del recamado madero se inclina la imagen, que tantas devociones arrastra a su paso, y es emocionante verlo caminar, cuestras de la calle de Quevedo arriba o esquinas de la glorieta de los Benzales, tambaleante en su espléndido trono, no camino del Gólgota sino de nuestra calle Mayor, meta de todos los lucimientos para el buen procesionista.

San Juan, luego, en su colmena de luces, pirámide de tulipas, blanca clavelería, túnica de estreno, áurea palma al viento de la sierra. Una pregunta caracoleando en el aire: ¿por qué no recobrar la tradición de la antigua palma barroca? Toda una hermosa lección de orden su paso a lo largo de todo el itinerario, siempre precisa, preciosa la andadura de sus cofrades.

¿Pues qué decir de la Dolorosa, bamboleante sobre su trono de doradas hojas de acanto, firmado por el murciano Lorente? Manos amorosas le bordan actualmente el espléndido manto que pronto estrenará. Con el nombre de Virgen del Rosario en sus Misterios Dolorosos se le nombra en La Unión, convirtiéndola así en dramático trasunto de la propia Patrona de la ciudad, que justamente en estos momentos nos mira complacida y guapa, tal se la piropea en el himno de La Unión: "como nardo que en la sierra floreció". Y al nombrarla como aquí se le nombra a la Dolorosa, digo, ambas vocaciones se unifican amorosamente, que si una imagen sostiene entre sus brazos a Dios hecho Niño, la otra lo acompaña, ya Hombre, camino del Calvario, así uniendo Belén y Gólgota.

La Virgen de la Caridad, luego. Partiendo un día de cero, como quien dice, con un modesto trono y una imagen de serie, en escayola barata, su agrupación puede presentar hoy la nueva e impresionante escultura del citado Paco Conesa, que también ha ejecutado el delicioso conjunto de la angelería. Logros a los que hay que añadir las grandes reformas de su altar -a la vista están-, las nuevas lámparas mineras de sus penitentes y el rescate del antiguo himno de la Virgen. Cien portapasos mecerán al nuevo grupo escultórico, gozosos de sentirse todos y cada uno de ellos criaturas privilegiadas que han conocido sobre sus hombros el peso de Dios.

Y al fin el Cristo, también por vez primera este año entre lámparas mineras, otro feliz acierto de sus cofrades. El Cristo fue nombrado. He aquí la joya no sólo artística sino devocional de La Unión, por el valenciano Gerique tallada a principios de siglo. Su espléndido trono permanece aún inacabado, todos lo sabemos, en espera de nuevas aportaciones económicas. Tiempo al tiempo. No es poco por ahora que, gracias a oportunas larguezas, se haya podido lucir ya en el último quinario el magnífico dorado de su retablo.

EL CRISTO DE LOS MINEROS

Convenga aclarar, llegado este punto, el hecho de que sea el Cristo quien cierre la procesión de Jueves Santo, prescindiendo del puesto que, por orden cronológico de los distintos temas que componen la Pasión, le correspondería, circunstancia que obedece a que el acompañamiento masivo de fieles que el Cristo arrastra tras de sí, aconseja tal decisión ya que de otro modo se interrumpiría lo que podemos llamar esquema procesional, esto independientemente de que, como titular de la Cofradía que aglutina todas las agrupaciones pasionarias, el Cristo debe presidir el cor-



A. SAEZ

tejo, tal como, de hecho, viene ocurriendo en múltiples lugares.

Con parte de La Unión detrás del trono del Cristo es ésta una de las sorpresas que la procesión de Jueves Santo depara al forastero que la presencia: el descubrimiento de que el Cristo no supone nunca para La Unión sólo un elemento estético más de la Semana Santa; de que sobrenadando aquella brillante parafernalia más o menos deslumbrante del cortejo, el Cristo de los Mineros cuenta aquí como inequívoco emblema de la ciudad. La prueba es que un día, cuando la Guerra Civil lleva a la hoguera absolutamente todos los elementos procesionales, La Unión decide entonces poner a salvo, por medio de los hombres de la Cruz Roja, esta efigie del Crucificado. De su paso por las calles de La Unión, valga aquí recordar la suculenta prosa de Castillo Puche, que describe la procesión alcanzada en una singular escenografía de calles que recuerdan al gran escritor por las de "algunas ciudades al borde del Pacífico como Guayaquil, Cali o la misma Cartagena de Indias", describiendo certeramente la presencia del Cristo "alumbrado por los típicos carburadores y acompañado pro todo el mundo que tuvo, tiene o no deja de tener, aunque sólo sea por la vía de la nostalgia, algo que ver con el mundo del barreno y del ron en vaso de cristal de culo de cinco centímetros..."

Mirad, se diría que aquí, la noche de Jueves Santo, sale el Cristo de los Mineros a la calle empujado por ese tremendo puñado de mineros que la sierra, inmisericorde, reclamó a lo largo de su historia. Y ya todas las cosas se sienten entonces como conmovidas por una extraña sensación, por una expectación vital, embriagadora, que nace desde los hontanares del corazón, desde la base de nuestra vida. Yo podría construir aquí alguna que otra frase de mayor o menor lucimiento literario pero de poco iban a servir mis palabras inventadas si quienes me escuchan ahora van a presenciar dentro de unos escasos días el paso del Cristo por las calles de La Unión.

DEL SANTO ENTIERRO

¿Y qué decir, por otra parte, de aquella otra procesión del Santo Entierro, atardecer del Viernes Santo, justamente en esa hora en que el sol recoge su cola amarilla detrás del Cabeza "Rajao", cuando el viente-cillo que baja de la sierra mueve juguetonamente el sudario de la cruz a cuyo pie llora Magdalena y, una vez consumada la tragedia del Gólgota, pasa la Cruz vacía y el soberbio Cristo Yacente, escoltado por los caballeros de la llamada Orden de Santa Bárbara, con la Soledad cerrando el cortejo tras San Juan?.

Acompañan a esta imagen de la Soledad los hermanos de su agrupación, alumbrando con cera, porque al conjunto de agrupaciones pasionarias antes nombradas se le viene sumando desde el pasado año esta otra de la Santísima Virgen de la Soledad, de muy crecidas devociones, lirio de luto, en duelos sin consolación sumida. También partiendo absolutamente de cero, sus miembros han acondicionado debidamente la magnífica capilla de su titular, en la que destaca un artístico juego de luces, aliciente al que ha de sumarse la bella estructura del paso en el que se procesiona la Virgen, estrenado el pasado año, en el cual se continúa la tradición de los antiguos tronos denominados "de piña", que ya a finales de siglo surcaban el itinerario de las procesiones de La Unión.

Y el pregón, como un tren de palabras salidas del corazón, va llegando a su "estación término". Dejad al pregonero, sin embargo, solicitar todavía un ruego: que nadie, nadie se escandalice un tanto así, temeroso de que por el portillo de lo folklórico, se les llegue a colar a nuestras procesiones algún ramalazo de intenciones equívocas. No hay cuidado. "¡Lo de La Unión es muy serio!", escribió un día el gran periodista y sacerdote Juan Hernández. Si Santa Teresa confiaba que entre los pucheros andaba Dios, también las músicas, los estandartes, las banderolas, los capirotes, las flores y las saetas componen una colorista suma de elementos del toda válida para el oportuno encuentro del hombre con Dios. ¿Sabéis lo que escribió en cierta ocasión el padre Martín Descalzo? Que precisamente en las procesiones de Semana Santa "aprendió más teología que en todos sus libros de estudiante -cito textualmente- y más evangelio que en cientos de sermones".

PETICION FINAL

Y ya a punto de poner el último punto del pregón, algo os pido aún. El otro día se lo decía yo a Pepe Gerrero, Hermano Mayor de la Cofradía del Santísimo Cristo de los Mineros: "Mira, por mucho que pue-



dan entorpecer la procesión, no prescindamos nunca de los niños que en las mismas vienen tomando parte". Me refería a esa grey infantil, nazarenillos unos, monaguillos otros, todos ellos miniaturas de procesionistas. Verdad es que ellos constituyen sin duda la mayor garantía de las procesiones que después vendrán.

Son lo que podíamos llamar "niños de Semana Santa", como niños de Semana Santa fuisteis un día muchos de vosotros, niños de la Verónica, niños de la Samaritana, niños sanjuanistas, etc., que os estoy viendo, alguno ya barrigoncete y calvo, todos hoy procesionistas de pro, como tú, y tú, y usted, y aquel de más allá, y aquellos otros que ya nunca estarán entre nosotros porque se fueron a montar otras Procesiones, que escribo con mayúscula, en las Semanas Santas del cielo; niños todos un día, digo, que ahora ya hombres, tenéis a vuestro cargo toda la responsabilidad de las nuevas procesiones. Esto es hermoso, palabra que es hermoso. Mirad, precisamente con una brevísima anécdota, una historietita con niño dentro, levanto yo mi tienda ahora, termino quiero decir. Resulta que hace muchos, muchos años, había un niño que, vestido de nazareno morado, crucecilla en ristre, y torpe paso, de manos de sus padres e itinerario de la procesión por medio, aprendió a amar aquel mundo de colorines, luces, músicas... correspondiente a la Semana Santa de La Unión, pero resultó que, niño todavía el protagonista de nuestra historietita, llegó un año en el que, por correr malos tiempos, La Unión acordó la suspensión de las procesiones. Grande fue, claro, la decepción del niño. Sacó entonces éste, sin embargo, fuerzas de flaqueza y apelando a su imaginación acertó a encontrar la adecuada panacea a favor de su desencanto. Con unas viejas cajas de cartón, unos santicos de barro del trapero y unos menguados cabos de vela compuso sus pequeños tronos, digamos tronos por llamarlos de alguna manera, y por los pasillos de su casa los hizo desfilar solemnemente. Así, a pesar de permanecer los verdaderos tronos enfundados debidamente en sus almacenes y las imágenes confinadas en sus respectivas hornacinas, ¡sí que hubieron procesiones aquel año en La Unión!

Y uno, ahora, al cabo del tiempo, trae a colación la pequeña anécdota porque aquel niño -¿hace falta decirlo?- aquel niño era yo, que con el paso del tiempo llegó a colaborar, continúa colaborando modestamente, amorosamente, eso sí, a la mayor gloria de las procesiones de su pueblo.

Y nada más, sino daros las gracias por vuestra paciencia al aguantar la cortedad de mis caudales oratorios. Que el Cristo de los Míneros os lo premie.

ASENSIO SÁEZ

*de la Real Academia Alfonso X el Sabio,
de Murcia.*